

Narración y navegación: la vida como hipertexto en el entorno digital

Mariano Ure (UCA)

1. Habitar el entorno digital

Desde una perspectiva hermenéutica el entorno digital puede ser pensado como algo más que un depósito de herramientas tecnológicas a la mano que potencian, como prótesis humanas, la comunicación intersubjetiva, o que una realidad virtual, secundaria, que se agrega o hasta compite con el mundo real. El entorno digital se ha convertido en un territorio en el cual habitar y compartir la existencia. Allí se despliega el estar como simple vivir (Kusch 2012), se hace experiencia de la alteridad y de la configuración social en red. Un territorio desordenado, sin coordenadas geográficas ni corporalidad, pero que se abre como morada a un modo de ser distinguible por ser capaces de pasar el tiempo -en ocasiones mucho- sin más, junto a los otros, sin la necesidad de recurrir a estrategias ligadas a fines provechosos.

La vida, el simple estar compartiendo el arraigo al territorio y actuar desde allí, acontece a la vez en el mundo físico y en el virtual. Pierre Lévy (1999) sostiene que lo virtual no se opone a lo real, como si se tratase de algo ilusorio, sino que consiste en una forma de ser fecunda y potente que favorece los procesos de creación y abre horizontes hacia fases llenas de sentido. Se contradice, sí, con el ámbito de lo físico, pero en lo virtual logramos, también, desarrollar nuestras búsquedas personales más profundas, sufrir frustraciones, exponer ideas, adquirir conocimientos, gozar de los productos culturales e, inclusive, reforzar vivencias de fe. La afectividad vibra en las lecturas, conexiones e intercambios de los que participamos mientras estamos conectados en la Web. Sujeto activo y pasivo, dinámico y permanente, sensible y racional, el hombre vive en un solo mundo real, entrecruzado ya por lo físico y lo virtual.

A pesar de la descorporalización de las relaciones, el entorno digital puede definirse como lugar antropológico. Marc Augé (2008) propone la distinción entre espacio y lugar. En el primero los hombres se superponen sin interés ni disposición a salir del anonimato recíproco. El lugar, en cambio, se caracteriza por la emergencia de intersecciones subjetivas, esto es, por el encuentro de hombres capaces de compartir alguna de las direcciones dadas a su vida. Allí, los hombres experimentan la pertenencia.

La vida online es a la vez espacio y lugar. Como en todo territorio de habitación existe una brecha entre los ideales existenciales y las prácticas reales. Si bien las tecnologías de la comunicación digital permiten el encuentro con el otro, la donación y el cuidado, son también espacios de manipulación, control y vigilancia. En tanto lugar habitable desprovisto de una orientación predeterminada, sino ambigua y moldeable a partir de las intervenciones de los hombres, se hace tema para la filosofía la reflexión sobre las particularidades de las formas de despliegue de la subjetividad y el abordaje acerca de los procesos identitarios que conducen a la apropiación de sí mismo.

2. La vida como texto

El estar ya arraigados en lo digital habilita una reinterpretación de la metáfora de la vida como texto y de la concepción sobre la identidad. Para Ricoeur (2006) la vida es fenómeno meramente biológico hasta tanto no es interpretada. En esta dirección desarrolla una hermenéutica del sí que, a diferencia del yo subsistente, es alcanzado a través de una reflexión que lo convierte en protagonista de su propia historia. La preocupación filosófica de Ricoeur (1996) consiste, en este tema, en precisar la noción de mismo, desdoblando la identidad *idem* e *ipse*. La primera se corresponde con la permanencia en el tiempo, es una identidad numérica. Somos los mismos en cuanto sustancia, mientras nos mantenemos en “lo que” somos. La

segunda apunta al “quién” de la acción que acontece, también, en el tiempo. La identidad ipse es dinámica, se va forjando reflexivamente en el hacerse cargo de sus acciones y sosteniendo la promesa frente a otros. La relación con el otro es constitutiva del sí, aunque prescindible para el yo.

La vida se hace auténticamente humana, para sí mismo, cuando el sujeto comienza a apoderarse del centro de su historia y a actuar como el autor de su propio relato –vida– (Ricoeur 2006). Apoyado en la metáfora del texto Ricoeur intenta mostrar que el proceso identitario es asimilable a una narración de los acontecimientos y personajes involucrados en una historia, la propia. Narrar consiste en superar la descripción de los hechos, tal como se construyen los textos informativos, para ingresar al plano del sentido y de la proyección. La interpretación de sí mismo, la identidad narrativa, remite a una operación de apropiación de los acontecimientos, engarzándolos en un relato coherente (De Castro 2011). Esta apropiación permite la construcción de la trama, por la que los acontecimientos se enlazan en una unidad de sentido entre ellos. Sobre esta base el sujeto podrá prescribir acciones con sentido que se inserten razonablemente en la trama que se viene articulando.

El texto, en la hermenéutica ricoeuriana, posibilita tres clases de mediaciones (Ricoeur 2006). Entre el hombre y el mundo, esto es, la referencialidad; entre el hombre y el hombre, la comunicabilidad; y entre el hombre y sí mismo, la comprensión de sí. La narración y la lectura son, por ello, dos elementos inseparables. El texto despliega un mundo habitable gracias al trabajo de lectura del lector, que comienza a ser habitado a través de la narración. En ella el ahora autor se conecta con otros personajes del relato y, mediante el rodeo de la alteridad, se comprende a sí mismo. Su historia, aun involucrando a otros, es única y claramente distinguible de otras. La identidad narrativa es a la vez dinámica y mediada por la alteridad, pero con fronteras claras. La cohesión de una historia de vida se instala como criterio de diferenciación de sí.

En la narración algo va ocurriendo de manera secuencial. El texto es, en efecto, lineal, jerárquico, posee un sentido reconocible en su centro. Además, se despliega temporalmente en una trama de sucesos diversos pero ordenados. Es razonable, entonces, que detrás la metáfora de la vida como texto se halle la expectativa de una vida cohesionada, protagonizada por un yo que se va apropiando de sí mismo. Sin embargo, el proceso identitario no parece seguir la misma lógica si se consideran las estructuras hipertextuales de la Web y que su lectura abre simultáneamente una multiplicidad de mundos habitables y de relaciones de alteridad posibles.

3. La vida como hipertexto

El entrecruzamiento real de la vida on y offline presiona hacia transformaciones en la constitución de la subjetividad y en los modos de relación con los otros. Quizás una nueva metáfora sea necesaria para comprender la particularidad del habitar el territorio de la Web. Si la Web es una gran red hipertextual, en la que se conectan textos escritos, imágenes y sonidos, el acceso y lectura de sentido para la vida remite a una pluralidad de autores y textos combinables de múltiples maneras. La vida del sujeto contemporáneo, su despliegue e identidad, se asemeja por ello más bien a un hipertexto que a una narración con un único y claro protagonista, como supone la hermenéutica del sí ricoeuriana.

El término “hipertexto” es un neologismo propuesto por Ted Nelson (1965), responsable del proyecto Xanadu que consistía en el desarrollo de un sistema informático capaz de crear y usar contenido enlazado. Mientras el texto es, sobre todo, secuencial, el hipertexto se caracteriza en cambio por carecer de centro, por la multilinealidad, la presencia de nodos y nexos (Nelson 1965; Landow 1995). Es una estructura en red conformada por nodos –textos– conectados por los que es posible circular. Esto indica una apertura fundante a otros elementos constitutivos, lo cual llevado al plano de la vida según la metáfora planteada, implica la inclusión de múltiples protagonistas, acontecimientos y narraciones.

El hipertexto se caracteriza precisamente por mostrar su contenido fragmentado en pequeños bloques, convirtiéndose en algo flexible que puede configurarse de múltiples modos según la

dirección de lectura escogida por el lector (Trabado Cabado 2004). Al carecer de centro, se organiza continuamente en función del uso, ofreciendo la oportunidad al lector de poner en juego su creatividad en un ida y vuelta de asociación y recombinación de los elementos (Vianello 2002). La inexistencia de una trama predefinida amplifica las variantes interpretativas del lector, al que le exige establecer enlaces entre áreas de sentido jerarquizadas y seleccionadas (Lévy 1999). El hipertexto, en efecto, es “una matriz de textos potenciales, de los cuales sólo algunos se realizarán como resultado de la interacción con un usuario” (Lévy 1999, 29).

Apoyados en la metáfora de la vida como hipertexto y considerando ahora a los nodos como sujetos que, también, cargan con la responsabilidad de narrar su propia historia, el problema de la identidad, abordado por Ricoeur desde el eje estático-dinámico, se desplaza al eje de lo uno-múltiple. La vida singular de cada narrador está ya abierta constitutivamente a múltiples otros, cuyas historias se van desplegando en el tiempo. La narración se convierte, así, en combinación creativa y provisoria de narraciones sin centro ni trama. La apropiación de sí queda condicionada por los enlaces hipertextuales –intersubjetivos– ponderados según criterios marcados por las identificaciones de afinidad con propuestas narrativas originadas por otros.

4. Identidad navegante

La fragmentación y multiplicación de mundos habitables gracias a la estructura en red del hipertexto modifica significativamente el proceso identitario. Una vez asumido que este proceso es constitutivo de la identidad, esto es, el carácter dinámico de la identidad, el simple estar cada vez más tiempo en el entorno digital comunicándonos con otros parece forjar un sujeto cuya cohesión presenta ciertos inconvenientes. En efecto, la identidad del sujeto contemporáneo es una identidad mosaico, realizada con una variedad de teselas que conforman una pieza única y con sentido. El problema filosófico consiste, precisamente, en descifrar cómo un sujeto fragmentado es capaz de comprenderse y proyectar un futuro en el que se encuentre a sí mismo.

Las imágenes del hipertexto y del mosaico dan cuenta de que, hiperconectados ilimitadamente en la Web con otros sujetos que comparten sus vidas a través de la descripción de lo que les ocurre, así como de sus ideas, valores y opiniones, la hermenéutica del sí supone un deslizamiento entre las diferentes identificaciones ofrecidas. Desplazado el eje problemático de la identidad a lo uno-múltiple, la narración deja lugar a la navegación por los flujos que conectan a los nodos. La navegación es la forma de lectura del hipertexto (Viniello 2002), el desplazarse por la red sin una orientación preestablecida por un centro o por una trama. El sujeto, aquí, ya no es el protagonista de su historia, sino un articulador de historias fragmentadas, con múltiples centros y protagonistas.

Conviene distinguir, en este punto, los conceptos de identidad e identificación. En la línea hermenéutica existencial propuesta por Pareyson (2002), la identidad es la norma interna singular que llama a su realización, una “esencia insuficiente” que reclama completarse. Las identificaciones, por su lado, son el resultado de elecciones de afinidades provisorias. La relación entre ambas puede pensarse como los puntos de reposo de una dinámica que requiere de manera permanente una nueva fuerza y orientación. La identidad nos diferencia de los otros, mientras las identificaciones nos igualan a ellos. El proceso identitario es, así, un navegar entre las múltiples identificaciones disponibles y entre las múltiples relaciones de alteridad posibles. Gracias a este ir y venir de combinaciones de alteridad el sujeto amplía su horizonte de sentido, con lo cual se fortalece en términos de autonomía, aunque también puede desorientarse y perderse entre identificaciones que no revelan, para sí mismo, su identidad singular.

Mientras el navegar sea participar en la estructuración del hipertexto, creando nuevos vínculos (Lévy 1999), la propia vida –singular– consistirá en la agregación de otras historias narradas. La cuestión es si la identidad consiste en concentraciones provisorias de identificaciones que perduran algún tiempo, o si estas son instancias de acercamiento o alejamiento de un modo de ser histórico y singular. Si la identidad se resolviera en combinaciones de identificaciones, a pesar de la originalidad que pueda suponer, esa misma

combinación podría repetirse para otros sujetos, los cuales serían entonces iguales. Lo cierto es que, aún aceptando la singularidad de cada ser humano, el despliegue actual de su vida acontece en un entorno que contiene ilimitadas identificaciones posibles.

Si la identidad requiere el operar cierto distanciamiento reflexivo del contexto y de las categorías sociales por las que definimos nuestra relación con los otros (De Castro 2011), la vida en tanto navegada podría especificarse por una identidad narrativa hipertextual, que se consolida como metanarración. Esto es, una narración entendida como articulación singular de narraciones de otros que ofrecen sentido, en la que el sujeto selecciona y jerarquiza aquellas que le permiten dar sentido y proyectar su propio sí. El proceso de articulación implica, por ello, la reflexión, crítica y adhesión o rechazo a los mundos habitables ofrecidos por aquellos con quienes estoy vinculado. Mientras en la red lo relevante sea el flujo, lo que acontece entre los nodos, la identidad del narrador encuentra unidad en la agregación y apropiación de otras historias narradas –por el anónimo, el desconocido, el alejado–. La vida auténtica sería, entonces, aquella que navega entre las relaciones posibles con los otros y que, allí mismo, se abre a la relación con todos.

5. El rodeo de la hiperalteridad

La circulación multidireccional de contenidos entre los nodos de la Web muestra que la alteridad constitutiva del sujeto es, más bien, hiperalteridad. Esto es, la relación con el otro se vuelve una relación con todos. El rodeo hacia la propia subjetividad resulta, así, aún más largo, fragmentado y abierto a nuevas formas de interpelación o, mejor dicho, de disponibilidad del otro. Repensar filosóficamente la alteridad como hiperalteridad implica aceptar que estoy ya vinculado con todos los otros, que están presentes para mí, aun cuando estén alejados, me sean desconocidos o hasta anónimos.

El concepto de identidad narrativa hipertextual –o navegada– supone que los otros textos son constitutivos de sí mismo, no sólo la trama de mi propia narración. Esto hace más compleja la respuesta filosófico-existencial acerca de “quién soy” y “quién debo ser”. El sujeto contemporáneo se enfrenta a un grado de incertidumbre mayor que en épocas en las que las relaciones posibles quedaban limitadas al entorno físico o, a lo sumo, a un número abordable de textos e historias. En la actualidad, la conexión con otros es, en cambio, potencialmente ilimitada y multidireccional, lo que hace difícil o hasta quizás irrelevante la pregunta por el origen de aquella historia con la que me identifico. La identidad de los otros, al igual que la del yo, se compone de una articulación de historias apropiadas que puede excluir la mía. Si esto es así, el reconocimiento como condición del encuentro intersubjetivo deja de ser únicamente bidireccional y se abre a todos. El decir al otro “tú” puede no ser correspondido por él; sin embargo, él puede decirle a otro “tú”, generando una dinámica de difusión de relaciones de intercambio y reconocimiento.

Este modo de existencia hipertextual que vincula al yo a todos reformula el postulado dialógico de Martin Buber, para quien “en el principio está la relación” (1998, 23). Las relaciones bidireccionales, de reconocimiento recíproco, serán posibles exclusivamente entre aquellos que están al alcance de la mirada. Las relaciones multidireccionales de reconocimiento serán posibles, en cambio, entre aquellos que permanecen fuera de este horizonte, es decir, entre sujetos desconocidos o anónimos. Entre ellos, aun ignorando recíprocamente sus nombres y biografías, se establece un intercambio de sentido y orientación para la vida.

Desde la perspectiva de la hiperalteridad, el principio de la relación incorpora la especificación “con todos”. Lo que hacemos y decimos en la Web puede afectar diacrónicamente en todos, porque están todos ya vinculados entre sí –el fenómeno de la viralización, por ejemplo de videos, es una muestra del carácter incontrolable de la difusión de contenidos–. A su vez, lo que leemos en ella proviene de una red caótica de interacción sobre el sentido. Quizás por ello, mientras para la filosofía de la alteridad decir “yo” supone la respuesta comprometida a una solicitud y, por lo tanto, un “aquí estoy”, el modo de habitar lo digital

incluye la disponibilidad. El otro, habiendo compartido algo de sí, sus búsquedas, frustraciones, aprendizajes, informaciones, conocimientos, experiencias o ideas, me dice “aquí estoy”, aunque no se dirija directamente a mí. Esta disponibilidad no está referida necesariamente a una eventual relación de reciprocidad, sino simplemente a la donación de sí para aquellos que pudieran asumir lo dicho como fuente de sentido para sí. El aprovechamiento de esta vinculación con todos dependerá del interés por aproximarse críticamente a lo dispuesto por ellos. Habitar el entorno digital no es otra cosa que navegar por el mar de la hiperalteridad, entre las identificaciones disponibles, y ofrecer mi propia historia como recurso de alteridad para el rodeo de la comprensión de sí de todos los otros.

6. Referencias

- Augé, Marc (2008). *Los no lugares: espacios para el anonimato*. Barcelona, Gedisa.
- Buber, Martin (1998). *Yo y Tú*. Barcelona, Caparrós.
- De Castro, Carlos (2011). La constitución narrativa de la identidad y la experiencia del tiempo. *Nómadas: Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 2, 199-215.
- Kusch, Rodolfo (2012). *América profunda*. Buenos Aires, Fundación Ross.
- Landow, Georg P. (1995). *Hipertexto: la convergencia de la teoría crítica y contemporánea y la tecnología*. Barcelona, Paidós.
- Lévy, Pierre (1999). *¿Qué es lo virtual?* Barcelona-Buenos Aires, Paidós.
- Nelson, Ted (1965). Complex information processing: a file structure for the complex, the changing and de indeterminate. *ACM 65 Proceedings of the 20th Nacional Conferences*, 84-100.
- Pareyson, Luigi (2002). *Esistenza e persona*. Génova, Il Melangolo.
- Ricoeur, Paul (1996). *Sí mismo como otro*. Madrid, Siglo XXI.
- Ricoeur, Paul (2006). La vida, un relato en busca de narrador. *ÁGORA - Papeles de Filosofía*, 2, 9-22.
- Trabado Cabado, José M. (2004). Las trampas del hipertexto: saturación informativa y los nuevos cronotopos de la lectura. En Muro Munilla, Miguel A. (coord) (2004). *Arte y nuevas tecnologías: X Congreso de la Asociación Española de Semiótica*. Logroño, Universidad de La Rioja – Fundación San Millán de la Cogolla, 984-955.
- Vianello, Marina (2002). La identidad del hipertexto. *LITTERAE: Cuadernos sobre Cultura Escrita*, 2, 151-178.